

Núm. Clas \_\_\_\_\_  
Núm. Au \_\_\_\_\_  
Núm. Adg \_\_\_\_\_  
Procedenc \_\_\_\_\_  
Precio \_\_\_\_\_  
Fecha \_\_\_\_\_  
Clasific \_\_\_\_\_  
Total \_\_\_\_\_

DQ 2225

024

SG

ES PROPIEDAD

UNIVERSIDAD DE NUEVO LAR  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vols. 1625 MONTERREY, N.M.

IMPRESA BASEDA, á cargo de Domingo Clarasó, Villarroel, 17.

Litografía de Rovira é Hijo y Chiqués.



## EL CAPITÁN RICHARD

I

*Un protagonista que no es el de nuestra historia*

A diez y ocho leguas, poco más ó menos, de Munich, que la *Guía de Alemania* designa como una de las ciudades más elevadas, no sólo de Baviera, sino de Europa; á nueve leguas de Augsburg, famosa por la dieta, en la que Melanchthon redactó, en 1530, la fórmula de la ley luterana; á veintidós leguas de Ratisbona, en las obscuras salas de cuya casa comunal se celebraron, de 1662 á 1806, los estados del imperio germánico, se levanta, como centinela avanzada, dominando la corriente del Danubio, la pequeña ciudad de Donauwörth.

Cuatro carreteras conducen á la antigua ciudad donde Luis el Severo, por una injusta sospecha de infidelidad, hizo decapitar á la desdichada María de Brabante: dos proceden de Stuttgart, esto es, de Francia, las de Nordlingen y de Dillingen, y dos de Austria, las de Augsburg y de Aichach. Las dos primeras en la orilla izquierda del río, lo atraviesan al llegar á Donauwörth, merced á un simple puente de madera.

Hoy, gracias á que el ferrocarril pasa por Donauwörth, y á que los vapores descienden por el Danubio desde Ulm al mar Negro, la ciudad ha adquirido alguna importancia, y muestra cierta vitalidad; mas no sucedía así á principios de este siglo.

Y, sin embargo, la antigua ciudad libre, que en los tiempos ordinarios parecía un templo elevado á la diosa Soledad y al dios Silencio, presentaba, el 17 de abril de 1809, un espectáculo tan inusitado para sus dos mil

quinientos habitantes, que á excepción de los niños de cuna y de los viejos paralíticos, que, unos por su debilidad y otros por sus achaques, se veían obligados á permanecer en casa, toda la población inundaba calles y plazas, en especial la calle en donde terminaban las dos carreteras provenientes de Stuttgart, y la plaza del Castillo.

Efectivamente, desde la tarde del 13 de abril —en cuyo momento tres sillas de posta, acompañadas por algunos furgones y carretas, se detuvieron en la posada del *Cangrejo*, apeándose de la primera un general que llevaba, como el emperador, un sombrerito y un paletó por encima del uniforme, y de las dos restantes todo un estado mayor—, se extendió el rumor de que el vencedor de Marengo y de Austerlitz había escogido la pequeña ciudad de Donauwörth como á punto de partida de sus operaciones en la nueva campaña que iba á emprenderse contra el Austria.

Aquel general —que los más curiosos, mirando á través de los cristales de la posada, habían reconocido aquella tarde por un hombre de cincuenta y seis á cincuenta y siete años, y que los mejor informados aseguraban era el general Berthier, príncipe de Neuchâtel, que sólo precedía de dos ó tres días al emperador, según se aseguraba—, en la misma noche de su llegada había enviado correos á todos lados, ordenando una concentración de tropas sobre Donauwörth, que empezó á realizarse dos días después; de suerte que, dentro y fuera de la ciudad, no se oían más que tambores y cornetas, viéndose desembocar por los cuatro puntos cardinales, regimientos de bávaros, wurtembergueses y franceses.

Digamos dos palabras sobre esas dos antiguas enemigas que se llaman Francia y Austria, y de las circunstancias que producían todo aquel movimiento, desde que el emperador Napoleón y el emperador Francisco II rompieran la paz firmada en Presburgo.

El emperador se hallaba en plena guerra con España. He aquí lo ocurrido.

El tratado de Amiéns que en 1802 había sellado la paz con Inglaterra, sólo había durado un año, habiendo obtenido Inglaterra del rey Juan VI de Portugal, que faltara á sus compromisos con el emperador de los franceses. Al saber la noticia, Napoleón se limitó á escribir esta única línea, firmada con su nombre:

«La casa de Braganza ha dejado de reinar».

Juan VI, echado de Europa, tuvo que atravesar á nado el Atlántico, yendo á pedir auxilio á las colonias portuguesas.

Camoens, en su naufragio en las costas de la Cochinchina, logró salvar su poema, sosteniéndolo con una mano, mientras nadaba con la otra; Juan VI, en la tormenta que le arrastraba á Río Janeiro, se vió obligado á abandonar su corona. Bien es cierto que encontró otra allá abajo, y que, á cambio de su pérdida realza en Europa, se hizo proclamar emperador del Brasil.

Los ejércitos franceses, que habían obtenido permiso para atravesar España, ocuparon el Portugal, del que Junot fué nombrado gobernador.

Era tan poca cosa el Portugal, que sólo se le nombraba un gobernador.

Pero los proyectos del emperador no se detuvieron aquí.

El tratado de Presburgo, impuesto al Austria después de la batalla de Austerlitz, había asegurado á Eugenio Beauharnais el virreinato de Italia; el tratado de Tilsit, impuesto á la Prusia y á la Rusia después de la batalla de Friedland, había dado á Jerónimo el reino de Westfalia; tratábase ahora de trasladar á José y de colocar á Murat.

Para ello se habían tomado todas las precauciones.

Un artículo secreto del tratado de Tilsit autorizaba al emperador de Rusia á apoderarse de la Finlandia, y al emperador de los franceses á apoderarse de España.

Necesitábase ocasión propicia.

La ocasión no tardó en presentarse.

Murat se había quedado en Madrid con instrucciones secretas. El rey Carlos IV se quejaba amargamente á Murat de sus rencillas con su hijo, que acababa de obligarle á abdicar, y que le había sucedido con el nombre de Fernando VII. Murat aconsejó á Carlos IV que acudiera á su aliado Napoleón; Carlos IV, que nada tenía ya que perder, aceptó el arbitraje con reconocimiento, y Fernando VII, que no era el más fuerte, aceptó con inquietud.

Murat los condujo suavemente á Bayona, donde Napoleón les esperaba. Una vez bajo las garras del león, no hubo remisión para ellos: Carlos IV abdicó á favor de José, declarando á Fernando VII indigno de reinar. Entonces Napoleón puso la mano diestra sobre el padre, la izquierda sobre el hijo, y envió al primero al palacio de Compiègne, y al segundo al castillo de Valençay.

Si la cosa era del gusto de Rusia, con la cual estaba

convenida, y que tenía su compensación, no era del gusto de Inglaterra, que sólo ganaba el sistema continental. Así es que ésta última tenía sus ojos azules fijos en España, pronta á aprovecharse de la primera insurrección, la cual, por otra parte, no se hizo esperar.

El 27 de mayo de 1808, día de San Fernando, estallaba la insurrección en diferentes puntos, especialmente en Cádiz, donde los insurrectos se apoderaron de la escuadra francesa, refugiada allí después del desastre de Trafalgar.

Luego, en menos de un mes, se extiende por toda España el siguiente catecismo:

- «—¿Qué eres, hijo mío?
- »—Español por la gracia de Dios.
- »—¿Qué quieres decir con esto?
- »—Quiero decir que soy hombre de bien.
- »—¿Cuál es el enemigo de nuestra felicidad?
- »—El emperador de los franceses.
- »—¿Quién es el emperador de los franceses?
- »—¡Un malvado! ¡La fuente de todos los males, el destructor de todos los bienes, el depósito de todos los vicios!
- »—¿De cuántas naturalezas se compone?
- »—De dos: la naturaleza humana y la naturaleza diabólica.
- »—¿Cuántos son los emperadores de los franceses?
- »—Uno verdadero, en tres personas engañosas.
- »—¿Cómo las llaman?
- »—Napoleón, Murat y Manuel Godoy.
- »—¿Cuál de los tres es el más malo?
- »—Todos lo son por igual.
- »—¿De quién deriva Napoleón?
- »—Del pecado.
- »—¿Y Murat?
- »—De Napoleón.
- »—¿Y Godoy?
- »—De la conjunción de los dos.
- »—¿Cuál es el espíritu del primero?
- »—El orgullo y el despotismo.
- »—¿Y del segundo?
- »—La rapiña y la crueldad.
- »—¿Y del tercero?
- »—La avaricia, la traición y la ignorancia.
- »—¿Qué son los franceses?
- »—Ex cristianos que se han vuelto herejes.

»—¿Qué suplicio merece el español que falta á sus deberes?

»—La muerte y la infamia de los traidores.

»—¿Cómo han de portarse los españoles?

»—Según las máximas de Nuestro Señor Jesucristo.

»—¿Quién nos libraré de nuestros enemigos?

»—La confianza en nosotros, y las armas.

»—¿Es pecado matar á un francés?

»—No, padre; al contrario: el que mata á uno de esos perros herejes, gana el cielo.»

Principios singulares, en verdad; pero que estaban en armonía con la torpe ignorancia del pueblo que los invocaba.

Originóse una sublevación general, que tuvo por resultado la capitulación de Bailén, la primera mancha vergonzosa infligida á nuestras armas desde 1792.

La capitulación fué firmada el 22 de julio de 1808.

El 31 del mismo mes, un ejército inglés desembarcaba en Portugal.

El 21 de agosto ocurría la batalla de Vimieiro, que nos costaba 12 cañones y 1,500 muertos ó heridos; y, finalmente, el 30, la convención de Cintra, estipulaba la evacuación de Portugal por Junot y su ejército.

El efecto de esas noticias había sido terrible en París.

Ante tales reveses, Napoleón sólo conocía un remedio: su presencia.

Dios está con él todavía: su fortuna le acompañará. El suelo de España verá, á su vez, los milagros de Rívoli, de las Pirámides, de Marengo, de Austerlitz, de Jena y de Friedland.

Despídese del emperador Alejandro, se asegura de las disposiciones de Prusia y Austria —á quienes vigilan el nuevo rey de Sajonia desde Dresde, y el nuevo rey de Westfalia desde Hesse-Cassel—, se lleva de Alemania 80,000 veteranos, toca de paso en París, para anunciar al cuerpo legislativo que pronto las águilas revolotearán por encima las torres de Lisboa, y parte para España.

El 4 de noviembre llega á Tolosa.

El 10, el mariscal Soult, ayudado por el general Mouton, toma Burgos, apodérase de 20 cañones, mata 3,000 españoles, y hace otros tantos prisioneros.

El 12, el mariscal Víctor aplasta el cuerpo de ejército de la Romana y de Blake en Espinosa, les mata 8,000 hombres y 10 generales, les hace 12,000 prisioneros, y les toma 50 cañones.

El 23, el mariscal Lannes, destruye en Tudela los ejércitos de Palafox y de Castaños, les arrebató 30 cañones, les hace 3,000 prisioneros y les pone fuera de combate 4,000 hombres entre muertos y heridos.

¡El camino de Madrid queda abierto! Entrad en la ciudad de Felipe V, señor. ¿No sois acaso el heredero de Luis XIV, y no sabéis, por ventura, el camino de todas las capitales? Por otra parte, os espera ya una diputación de la villa de Madrid, y se presenta ante vos para daros las gracias por el perdón que os dignéis concederle... Y ahora subid á la plataforma del Escorial y prestad oído: ¡de todas partes ya no oiréis más que ecos de victoria!

El viento del Este os trae el ruido de los combates de Cardedéu, de Llinás, del Llobregat, de San Feliu y de Molins de Rey; cinco nuevos nombres que añadir á vuestras efemérides, ¡y Cataluña sin enemigos!

El viento del Oeste, á su vez, acaba de acariciar vuestro oído; viene de Galicia, y os anuncia que Soult ha batido la retaguardia de Moore, y ha hecho rendir á toda una división española; aun más: vuestro lugarteniente ha pasado por encima del cuerpo de los españoles; ha alcanzado á los ingleses, les ha repelido hasta sus buques, que han desplegado sus velas, y han desaparecido, dejando en el campo de batalla al general en jefe y dos generales muertos.

Por ahí viene el viento del Norte que, cargado de llamas, os trae la nueva de la toma de Zaragoza. ¡Veintiocho días de combates ha costado entrar en la plaza, señor! ¡Y veintiocho días después de haber entrado se ha combatido de casa en casa, como en Sagunto, como en Numancia, como en Calahorra! ¡Se han batido los hombres, se han batido la mujeres, se han batido los viejos, se han batido los niños, se han batido los curas! ¡Los franceses son dueños de Zaragoza, es decir, de lo que fué una ciudad y no es más que una ruina!

Aquí viene el viento del Sud que os trae la noticia de la toma de Oporto. La insurrección está ahogada, si no vencida, en España; el Portugal está invadido, si no reconquistado; señor, habéis mantenido vuestra palabra: ¡vuestras águilas revolotean sobre las torres de Lisboa!

Pero ¿en dónde estáis, ¡oh vencedor? Y ¿por qué, del mismo modo que habéis venido, os habéis vuelto en un salto?

¡Ah! Sí: vuestra antigua enemiga, la Inglaterra, acaba

de seducir al Austria; le ha dicho que estáis á setecientas leguas de Viena, que necesitáis á vuestro alrededor de todas vuestras fuerzas, y que éste era el momento oportuno para arrebatáros —puesto que el papa Pío VII acaba de excomunicaros como á Enrique IV de Alemania y á Felipe Augusto de Francia —, para arrebatáros la Italia y arrojaros de Alemania. ¡Y la presuntuosa lo ha creído! Y ha reunido quinientos mil hombres y los ha puesto en manos de sus tres archiduques, Carlos, Luis y Juan, y les ha dicho: «¡Marchad, mis águilas negras! ¡Os entrego el águila roja de Francia para que la desgarréis!»

El 17 de enero Napoleón parte á caballo de Valladolid; el 18 llega á Burgos y el 19 á Bayona; allí, monta en un carruaje, y cuando todo el mundo le cree todavía en Castilla la Vieja, el 22, á media noche, llama á las puertas de las Tullerías diciendo: «¡Abrid al futuro vencedor de Eckmühl y de Wagram!»

No obstante, el futuro vencedor de Eckmühl y de Wagram regresaba á París de muy mal humor; no le faltaban motivos.

Aquella guerra de España, que había creído útil, no le era simpática; pero, una vez empeñado en ella, había tenido, por lo menos, la ventaja de atraer á los ingleses en el continente.

Como el gigante libio, sólo cuando tocaba la tierra se sentía Napoleón realmente fuerte. Si hubiese sido Temístocles, hubiera esperado á los persas en Atenas, y no hubiera separado á Atenas de sus orillas, para transportarla al golfo de Salamina.

La Fortuna, esta amante que le había sido fiel siempre, ya sea que la obligara á acompañarle del Adige al Nilo, ó á seguirle del Niemen al Manzanares; la Fortuna le había hecho traición en Abukir y en Trafalgar.

Y en el preciso momento en que acababa de obtener tres victorias sobre los ingleses, de matarles dos generales, de herirles un tercero, de rechazarlos hasta el mar como Héctor hizo con los griegos en ausencia de Aquiles, se vió de pronto obligado á dejar la Península, al anuncio de lo que ocurría en Austria y hasta en Francia.

Así es que, llegado á las Tullerías, y en sus habitaciones, echó apenas una mirada á su cama, aun cuando eran ya las dos de la madrugada, y, pasando de su dormitorio á su gabinete de trabajo: —Que vayan á despertar al archicanciller,—dijo,—y que se avise al ministro de la

policia y al gran elector que les espero, el primero á las cuatro y el segundo á las cinco.

—¿Hay que avisar á S. M. la emperatriz del regreso de V. M.?—preguntó el ujier á quien se había dado aquella orden.

El emperador reflexionó un instante. —No,—dijo,—deseo ver antes al ministro de Policía... Procurad que nadie me estorbe hasta su llegada; voy á dormir.

El ujier salió y Napoleón se quedó solo.

Entonces, dirigiendo los ojos al reloj: —Las dos y cuarto,—dijo;—á las dos y media me despertaré.

Y, echándose en una butaca, extendió su mano izquierda sobre el brazo del asiento, pasó la mano derecha entre el chaleco y la camisa, apoyó la cabeza en el respaldo de caoba, cerró los ojos, exhaló un débil suspiro y se durmió.

Napoleón poseía, como César, esta preciosa facultad de dormirse donde podía, cuando quería, y el tiempo que debía; cuando decía: «Dormiré un cuarto de hora», era muy raro que el ayudante, el ujier ó el secretario á quien había dado la orden, y que, á la hora en punto, entraba á despertarle, no le hallara abriendo los ojos.

Además —privilegio concedido, como el primero, á ciertos hombres de genio—, Napoleón se despertaba sin ninguna transición del sueño á la vigilia: sus ojos, al abrirse, parecían iluminados inmediatamente; su cerebro estaba tan claro, sus ideas eran tan precisas, un segundo después de despertar, que un segundo antes de su sueño.

La puerta, pues, se había cerrado apenas tras del ujier encargado de convocar á los tres hombres de Estado, cuando ya Napoleón dormía, y, ¡cosa extraña!, sin que ninguna huella de las pasiones que agitaban su alma se reflejase en su semblante.

En el gabinete ardía una sola vela. Al oír el deseo del emperador de dormir algunos instantes, el ujier se llevó los dos candelabros, cuya intensa claridad hubiera podido herir la vista de Napoleón, aun á través de sus párpados; sólo había dejado la palmatoria con la cual había alumbrado á su amo y encendido los candelabros.

Todo el gabinete nadaba así en una de esas suaves y transparentes penumbras que dan á los objetos una vaguedad tan agradable y vaporosa. En medio de esta obscuridad luminosa, ó de esta luz oscura, como se quiera, acostumbra á pasar los sueños que despierta el sopor, ó los fantasmas que evoca el remordimiento.

Hubiérase dicho que uno de esos sueños ó de esos fantasmas había esperado para surgir que reinara aquella semiclaridad en torno del emperador; porque, así que hubo cerrado los ojos, el tapiz, que caía ante una puertecita oculta por ella, se levantó, y se vió aparecer una forma blanca que tenía, merced á la gasa con que iba envuelta, y á la flexibilidad de sus movimientos, todo el fantástico aspecto de una sombra.

La sombra se detuvo un instante en el dintel de la puerta, como en un marco de tinieblas; luego, con paso tan ligero, tan aéreo, que ni el crujido del suelo interrumpió el silencio, se aproximó lentamente á Napoleón.

Al llegar á su lado, sacó de la nube de muselina una graciosa mano que posó en el respaldo del sillón, cerca de la cabeza que parecía la de un emperador romano; contempló por algún tiempo, con indecible amor, aquel hermoso semblante, tranquilo como la medalla de Augusto; lanzó un ahogado suspiro, apoyó su mano izquierda sobre el corazón para comprimir los latidos, se inclinó conteniendo el aliento, rozó la frente del durmiente más con el hálito que con los labios, y sintiendo á aquel contacto, por ligero que hubiese sido, que se estremecían los músculos de aquel semblante tan inmóvil que hubiera creído besar una máscara de cera, se echó vivamente hacia atrás.

El movimiento que había provocado era, sin embargo, tan imperceptible como pasajero: aquel rostro tranquilo, surcado un instante al soplo de aquel hálito de amor como la superficie de un lago al de la brisa nocturna, recobró su plácida fisonomía, mientras que, con la mano siempre en el corazón, la sombra se aproximó al bufete, escribió algunas palabras en media hoja de papel, volvió hacia el durmiente, deslizó el papel en la abertura producida entre el chaleco y la camisa por la introducción de una mano que no era casi menos blanca y delicada que la suya, y luego, con la misma ligereza con que había entrado, amortiguando el rumor de sus pisadas en el blando espesor de la alfombra, desapareció por la misma puerta que le había servido de ingreso.

Algunos segundos después de haberse desvanecido aquella visión, y cuando el reloj iba á dar las dos y media, el durmiente abrió los ojos y retiró la mano del pecho.

El timbre del reloj sonó.

Napoleón se sonrió como se hubiera sonreído Augusto, al ver que era tan dueño de sí durmiendo como despierto, y

recogió el papel que había hecho caer al sacar la mano del chaleco.

Vió algunas palabras escritas en el papel, y se inclinó hacia la única luz que alumbraba la estancia; pero aun antes de que descifrara las palabras, había reconocido el carácter de letra.

Exhaló un suspiro, y leyó:

«¡Ya estás aquí! Te he besado; no necesito más.

»¡La que te ama más que todo el mundo!»

—Josefina,—murmuró, mirando á su alrededor, como si esperase verla aparecer en las profundidades de la estancia, ó salir de detrás de un mueble.

Pero estaba completamente solo.

En aquel momento se abrió la puerta; el ujier entró, trayendo los dos candelabros, y anunciando:

—Su Excelencia el señor archicanciller.

Napoleón se levantó, se dirigió á la chimenea apoyándose en ella y esperó.

## II

### *Tres hombres de Estado*

Detrás del ujier apareció el alto personaje que acababa de ser anunciado.

Régis de Cambacérès tenía en aquella época cincuenta y seis años, es decir, quince ó diez y seis más que el que le había hecho llamar.

En lo moral, era un hombre dulce y bondadoso. Sabio jurisconsulto, había sucedido á su padre en el cargo de consejero en el Tribunal de Cuentas; en 1792 fué elegido diputado á la Convención Nacional; el 19 de enero de 1793 votó por la suspensiva; fué en 1794 presidente del Comité de Salud Pública; fué nombrado, el año siguiente, ministro de justicia; en 1799, fué elegido por Bonaparte segundo cónsul; en fin, en 1804, había sido nombrado archicanciller, creado príncipe del Imperio, y hecho duque de Parma.

En lo físico era un hombre de mediana estatura, con propensión á la obesidad, muy glotón, muy limpio, muy elegante, y que, aparte la nobleza del traje, había adquirido las maneras cortesananas con una prontitud y una facilidad que estimaba en mucho el gran reconstructor del edificio social.

Además, á los ojos de Napoleón poseía otro gran mérito: Cambacérès había comprendido perfectamente que el hombre de genio á quien se había adelantado en la escena política, y que al pasar por su lado lo había unido á su fortuna después de haberle recibido, como un igual suyo, en su intimidad, tenía derecho á sus respetos al convertirse en el elegido del destino que, en el momento en que nos ocupa, era el dueño de Europa; sin descender nunca hasta la humildad, se mantenía, pues, frente á frente de él, en la posición, no de un adulator, sino de un admirador.

Por lo demás, siempre pronto á someterse al menor deseo del emperador, le había bastado un cuarto de hora para vestirse con un cuidado que hubiera parecido irreprochable en el círculo de las Tullerías, y aunque despertado á las dos de la madrugada, esto es, en lo mejor de su sueño —lo que le desagradaba esencialmente—, se presentaba con la mirada tan viva, la boca tan sonriente como si le hubieran llamado á las siete de la tarde, es decir, en el momento que, después de haber comido y tomado café, gozara de aquel bienestar que después de una buena comida acompaña una fácil digestión.

El semblante que contemplaba estaba lejos de mostrar el buen humor que reflejaba el suyo; así es que, al observarlo, el archicanciller hizo un movimiento que parecía un paso atrás.

Napoleón, á cuya mirada de águila nada se escapaba, no sólo en las grandes cosas, sino también —lo que es aun más extraordinario— en las pequeñas, vió el movimiento, comprendió el motivo, y, abonanzando al instante la expresión de su rostro: —¡Oh! ¡Venid, venid,—dijo,—señor archicanciller! ¡No es de vos de quien estoy descontento!

—Y V. M. no estará descontento jamás, así lo espero,—respondió Cambacérès;—pues me tendría por muy desdichado el día que mereciera su disgusto.

En aquel momento el ayuda de cámara se retiraba, dejando los dos candelabros y llevándose la palmatoria.

—Constancio,—dijo el emperador,—cerrad la puerta; vigilad en la antesala, y haced entrar en el salón verde á las personas que espero.

Luego, volviéndose á Cambacérès: —¡Ah!—exclamó, como si por fin respirara, después de una larga sofocación. —¡Ya estoy en Francia! ¡ya estoy en las Tullerías! Estamos solos, señor archicanciller: hablemos con toda confianza.

—Señor,—dijo el archicanciller,—aparte el respeto que